

Que Unamuno, como hombre, estaba obsesionado por la muerte es algo bien sabido. La cuestión es que sus estrategias personales de consuelo han originado cierta confusión sobre la aportación real de su pensamiento. Porque si bien es cierto que en su libro más famoso llega a despreciar los sucedáneos de inmortalidad como la gloria (y reclama la versión fuerte e individual, la resurrección personal en carne y en espíritu), la línea de argumentación más sólida y más consecuente a lo largo de su obra no es la religiosa, sino la hermenéutica. Y lo es porque permite sin problemas integrar aquella, mientras que la primera, tal como Unamuno la presenta, no nos dice nada sobre las cuestiones nosoteriológicas. Bajo una concepción de la verdad como arbitrario afán de vida –que es la derivación unamuniana del esteticismo vitalista nietzscheano y de su radical perspectivismo epistemológico– la aspiración a una fe cristiana es tan legítima como cualquier otro proyecto personal que exalte la vitalidad del hombre<sup>23</sup>, y todos los ensayos de inmortalidad unamunianos aparecen como equivalentes en un mismo plano de verdad. Ésta es la radical aportación de nuestro autor. Se le ha querido ver como un pensador fundamentalmente religioso, que es lo que no es ni puede ser: su idea de la fe es herética por ser pragmática e instrumental (parafraseando el famoso soneto anónimo, puede decirse que lo que mueve a Unamuno a querer a Dios es exactamente el cielo que le tiene prometido – la inmortalidad personal). Lo que Unamuno aporta al pensamiento religioso es un desvelamiento antropomórfico más radical que el feuerbachiano: la fe sería estrictamente un producto de la voluntad para uso personal (esto, para el sediento de inmortalidad voluntarista, constituye su valor y su grandeza). Pero, junto a la religiosa, hay otras formas de inmortalidad en Unamuno, cuya condena coyuntural en *Del sentimiento trágico de la vida* no debería haceremos olvidar. Y la más consecuente es la que enlaza al narrador Cervantes con el comentador Unamuno: la alcanzada al ligar la propia peripecia con la de la obra. «Nuestra obra es nuestro espíritu y mi obra soy yo mismo que me estoy haciendo día a día y siglo a siglo, como tu obra eres tú mismo, lector, que te estás haciendo momento a momento».

<sup>23</sup> Precisamente aquí se encuentra la notoria discrepancia entre Unamuno y Nietzsche, dado que éste ve en la tendencia ascética del cristianismo una fuerza contra la vida, mientras que nuestro atribulado quijotista opta por aferrarse a su promesa de una vida eterna. Obviamente, ambos autores están hablando aquí de cosas diferentes. En «La causa del quijotismo», Unamuno atribuye a los españoles un insospechado amor a la vida que paradójicamente «ahoga en nosotros el goce de vivir», por quererla eterna (III, p. 731); Zarathustra también ama la eternidad, pero la busca en una dimensión inmanentista de profundidad, y no en una prolongación en otra vida.

«Somos nuestra propia obra. Cada uno es hijo de sus obras, quedó dicho, y lo repitió Cervantes, hijo del *Quijote*» (*Cómo se hace una novela*, X, p. 910).

Como autor de comentarios, Unamuno despliega potenciales de interpretación; igualmente, al hacerlo, se abandona a sus propios potenciales de interpretación en sus lectores, y tiene la honestidad de reconocer que no puede pedirles más «fidelidad» que la que él mismo ha dedicado al narrador Cervantes: el valor de cada interpretación no reside en esa supuesta «fidelidad», sino en su índice de generación de vida y fe de vida. Leído y comentado, Unamuno alcanza una variante de inmortalidad, como su héroe Don Quijote. Quizá no fuera ésta la variante más satisfactoria para alguien enamorado tan apasionadamente de su yo, pero no cabe duda de que el eco que suscita algo retiene de su virulencia. Tampoco cabe esperar mucho más: al fin y al cabo, «así es el mundo, y la vida. Comentarios de comentarios y otra vez más comentarios». «Todo son las cajitas, los ensueños. Y lo verdaderamente novelesco es cómo se hace una novela» (X, p. 853). Unamuno quería creer que la apasionada vibración que recorre su obra era un emplazamiento general a cada cual para que escriba su novela: «les llevo a que se vayan haciendo su propia novela, la novela que es la vida de cada uno de ellos. Y desgraciados si no tienen novela. Si tu vida, lector, no es una novela, una ficción divina, un ensueño de eternidad, entonces deja estas páginas, no me sigas leyendo» (*ib.*, p. 852). También creía que «no puede contar tu vida, ni puede explicarla ni comentarla, señor mío Don Quijote, sino quien esté tocado de tu misma locura de no morir» (p. 382). ¿Cómo, si no, iba a perpetuarse su lectura?

Habiendo comprendido que la realidad es hermenéutica (o dicho de otro modo, que no hay sino balances de interpretaciones), Unamuno saca la conclusión pragmática que puede resumirse en esta máxima de Marvin Harris: «En la vida, como en cualquier otra partida cuyo resultado depende tanto de la suerte como de la habilidad, la respuesta racional en caso de desventaja consiste en luchar con más vehemencia»<sup>24</sup>. Frente a los bachilleres, curas y barberos desnudó Unamuno, como su mejor espada, una de las más radicales teorías de la verdad de nuestra era postmoderna (que Don Quijote, como antes Montaigne, anticipara en cierto modo). Frente a politicastos y dictadorzuelos derrochó un coraje quijotesco, insoslayable incluso bajo sus obcecaciones y cegueras.

<sup>24</sup> Caníbales y reyes, *Barcelona, Argos, 1983, p. 259.*

Y, consecuente con sus postulados, quiso oponer la misma tozudez a su enemigo más temible e íntimo (al tiempo que genérico y vulgar): a la amenaza de la muerte. Su pensamiento y su obra entera los recorre la constante aspiración a convencerse de que a los ateos «no les mata el deseo de sobrevivir la convicción de la imposibilidad de que se realice, sino que es, por el contrario, su poco fuerte deseo de sobrevivir lo que les priva de la fe de conseguirlo» (III, p. 731). Como buen bilbaíno, terminaba por reducirlo todo a un problema de determinación, de voluntad. Y si la fe se alcanza con tesón, nadie más decidido que Unamuno para terminar creyendo en su inmortalidad.

De su éxito o fracaso en esta empresa no me corresponde a mí dar testimonio. Hay indicios de que captó la insuficiencia de la premisa y prefirió justificar su afán por otras vías: «Es que si no me hago mi leyenda me muero del todo. Y si me la hago, también» (X, p. 882). Es posible; pero quizá no tan del todo.

Valga este comentario cómplice como homenaje\*.

\* *Deseo dedicar este artículo a mi madre, brava, voluntarista y decidida (como buena bilbaína). También mostrar mi gratitud muy especial a Michael Oetjen.*

*Muchos otros nunca intentaron hacerme ver molinos bajo los gigantes.*



Biblioteca Hispánica. Sala de lectura